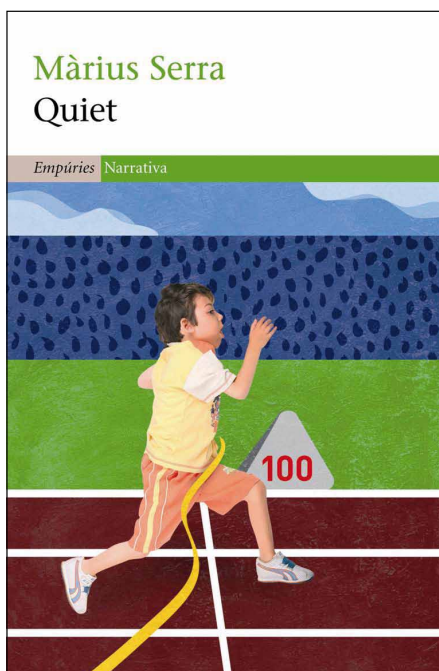


# Nuestra normalidad

Oriol Izquierdo



Màrius Serra: *Quiet*  
Barcelona: Empúries, 2008



Màrius Serra: *Quieto*  
Barcelona: Anagrama, 2008

Éste es un artículo escrito desde la parcialidad más objetiva. Empezaré, pues, poniendo algunas cartas encima de la mesa.

La primera: fui durante unos años editor de Màrius Serra y eso me permitió asistir como espectador privilegiado, desde la misma cocina de la escritura, a un proceso que culmina, y de qué modo, en *Quieto*. La segunda: no sólo tuvimos una relación profesional y hemos seguido siendo amigos sino que el azar nos ha llevado a vivir situaciones demasiado paralelas: cuando nació Lluís, el protagonista estático de *Quieto*, ya hacía diez años que Clara vivía entre nosotros. La tercera: una consecuencia de ambos hechos es que he terminado por ser personaje real y reconocible de algunos relatos de Màrius Serra. Primero, y principalmente como editor, en *De cómo se escribe una novela*. Después, como padre de una niña de etnia llullu, en *Quieto*. Por ello no me costará demasiado decir cosas del libro, pero a la vez éste es un artículo especialmente difícil de escribir.



Lo sepa o no, de un modo u otro, en mayor o menor medida, sea como fuere, el escritor siempre escribe a partir de su propia experiencia. Hay autores que lo disimulan, tal vez para negarlo, mientras que otros juegan con un hecho que es, estoy convencido, inevitable. Màrius Serra es de los últimos, y diría que ha sido tras tomar plena conciencia de ello que ha dado el salto que separa sus libros iniciales de la novela *Mon oncle*, pieza clave de su primera madurez creativa. En los cuentos de *Línia*, por ejemplo, no era difícil suponer que muchos paisajes urbanos y humanos eran próximos al autor, pero sólo podíamos suponerlo. *Mon oncle*, en cambio, es un ejercicio de autoficción a partir de historias y figuras familiares encubierto apenas por el hecho de que la identidad del protagonista, Canut, está diferenciada de la del autor.

Hoy, en la obra de Serra se pueden distinguir tres caminos que avanzan en paralelo, y no sin entrecruzarse. Por un lado sigue el despliegue de la obra más estrictamente enigmática, que tiene en *Verbalia* un título de referencia. En segundo lugar, está la narrativa más claramente de ficción de *Ablatanatalba* o *Farsa*. Y en tercer lugar están los relatos con menos ficción, que comprometen cada vez con más radicalidad la propia realidad como materia literaria. Ya hemos dicho que en *Mon oncle* la materia narrativa era hasta cierto punto la herencia familiar. El siguiente libro, *La vida normal*, presenta un conjunto de “relatos sin persona narrativa interpuesta” que exploran la distancia entre realidad y relato. En *De cómo se escribe una novela* el autor convierte su fracaso aparente ante un proyecto narrativo en autobiografía editorial y literaria. Finalmente, y como si fuese el pedazo siguiente de una secuencia planificada, *Quieto* habla sin máscaras de “siete años en la vida de nuestro hijo Lluís Serra Pablo, alias

Llullu”, que “nació con una grave encefalopatía que la ciencia neurológica todavía no ha sido capaz de definir”.

Me parece que *Quieto* sólo ha recibido comentarios elogiosos. Quizá no podía ser de otro modo: ¿quién se atrevería a poner objeciones al libro sin parecer poco respetuoso con la experiencia que recoge? Creo que Serra ha tenido la habilidad de jugar incluso con esto. No ha renunciado al atractivo del impu-

## Todos los que compartimos la experiencia de la anormalidad debemos mucho a *Quieto*

dor ni a una posible apelación a la compasión: *Quieto* habla de su hijo Lluís y de él mismo, de la convivencia con un pluridiscapacitado y de las dificultades de vivirla en sociedad. Muchos lectores se han sentido tocados por el *drama*. Pero Serra tiene la virtud de hablar desde el humor, con una nada fácil honestidad personal, manteniendo muy alta su dignidad y la de Lluís. De ese modo el *drama* se muestra como una normalidad aún más turbadora.

Todos los que compartimos la experiencia de la anormalidad debemos mucho a *Quieto*. El libro tiene la capacidad de visibilizar lo invisible desde la experiencia más singular y sin pretender en ningún momento generalizarla. Muestra, si se quiere llamarlo así, el orgullo de la diferencia, que no es más que la aceptación de las condiciones de vida de cada cual, la normalidad de la anormalidad, primer paso para asumir el esfuerzo de desenvolverse hasta más allá de sus límites aparentes. Y esto vale para todos. Para los *normales* y para los *anormales*. Si es que, en el fondo, resulta que son distintos.

